

EL DESQUITE

¿Existe un comienzo en todo? No estoy seguro si existió uno en este caso, lo que es evidente es que tuvo un final

¡No les he dicho quién soy!... o qué soy

En todo caso lo importantes es que fui testigo de lo que sucedió

No estaba presente por casualidad, es la rutina que debo cumplir para sobrevivir. A esa hora bajo del árbol y con oído atento y una vista extraordinaria me procuro el alimento que me mantiene con vida. Es por ese sentido privilegiado que pude escuchar un diálogo que insinuaba desencadenar una tragedia.

—¿Padre Anselmo? ¿Es usted?

—Sí, ¿quién es?

El cuchillo que portaba Bernardo se apoyó con firmeza y seguridad muy cerca de la garganta del religioso.

—Daremos un paseo, padre, iremos hasta la colina. Tenemos tiempo para meditar en las acciones que hemos realizado ¿no cree usted?

Los vi subir por el sendero que conduce a la cima del cerro sin emitir otro ruido que el rasguño de sus pasos en la hojarasca. Volé cerca de ellos movido por la curiosidad.

Al amanecer como de costumbre, Custodio el joven pastor, subió al monte llevando las ovejas por el sendero que lleva a los altos de las higueras.

En una planicie a media falda, se encuentran las vertientes. Allí crecieron desde tiempos lejanos varios encinos, hoy añosos de gruesas y largas ramas. En una de aquellas y colgados por el cuello, había dos hombres, uno al lado del otro

Posado en una de las ramas observé a Custodio que quedó paralizado y se mantuvo así por largo rato, hasta que el ladrido de sus perros que intentaban desgarrar los cuerpos le volvieron a la realidad, entonces los ató a uno de los encinos y bajó a la carrera. Al correr tropezaba dando con su cuerpo en tierra. Volvía a levantarse para seguir corriendo. Decidí seguirlo.

Visiblemente impresionado, entre resuellos, intenta explicar lo que ha visto; pero las palabras enmudecen en su garganta. Dobló su delgado cuerpo, afirmando sus manos en las rodillas, tratando de recuperar el habla.

—¡Anda hombre, que ha ocurrido!, preguntó Juvenal.

Custodio hizo un gesto levantando la palma de la mano y luego apuntó el índice hacia el cerro.

—¡Son dos!, exclamó con voz entrecortada. —Y están colgando...muertos están colgando.

—¿De qué me hablas?, ¿Quiénes?, ¿dónde? Juvenal miró hacia todos lados tratando de ubicar un lugar.

—¡Allá...en las vertientes...jadeo Custodio, sin poder recuperarse de la extenuante carrera!

Se juntó un grupo y subieron a dónde les indicaba custodio. Efectivamente, colgaban como lo había indicado el muchacho, pero ¿quiénes eran? No tengo por qué decirlo, además ¿importa que lo haga?

Aunque conociera a Bernardo, un hombre católico con una fe arraigada en su conciencia por generaciones de devotos feligreses como sus padres. A pesar de eso dudaba entre “perdonar al que te ofende y ojo por ojo, diente por diente”. Creía que la justicia consiste en que el culpable debe pagar.

Cuestiona a Dios por no intervenir. Se culpa a sí mismo por confiar en que lo que está escrito se cumple en la iglesia y una estaca atraviesa su corazón y enturbia sus pensamientos. El dolor ha dejado de serlo para convertirse en una fuerza desgarradora. Un obstinado odio surgió intempestivamente en su interior, convirtiéndolo en un ser cuyo único afán es la venganza. Ya no se trataba de justicia, de devolver a aquellos niños la vida y la esperanza perdida.

Lo había visto hace un tiempo volver borracho, empapado en alcohol. Parecía que se lo arrojaba o se lo tomara como si quisiera ahogarse en él, lo que sea con tal de olvidar. Olvidar esos ojos, los que un día fueron un manantial de simple e inocente dulzura. Se menospreció a sí mismo por miedo. Abandonó por cobardía su responsabilidad. Se culpó por haber descuidado la seguridad de su hijo. Sin querer, voluntariamente lo entregó a la maldad profunda.

Ahora lo comprendo, pero ¿de qué sirve? Un ave como yo, considerada de mal agüero no tiene parte en el asunto

Trasladé mi oscuro plumaje hacia otra rama lejana cuando advertí a un joven depositar una piedra en su honda; solo saben quitar la vida a los que la poseen, pensar que hay algunos que caminan sin saber que la han perdido.

—No los toquen, hay que llamar a mi suboficial, él sabe que se hace. Anda tú Jacinto —dijo Juvenal

—¡De vuelo! Contestó, y bajó por el sendero del río hasta el retén.

Revisaron el lugar sin poder encontrar ninguna pista.

—Está claro que no es un suicidio colectivo. Sus ropas son finas.

—Mi cabo, ¿por qué visten iguales si no es un uniforme? Camisa celeste, pantalones y calcetines negros.

Les llamó la atención que vistieran iguales, lo mismo el que fueran descalzos. Los pies lacerados indicaban una larga caminata por el sendero pedregoso. Las muñecas sangrantes por las ataduras, polvo y barro en las ropas.

—Pero...miren, los dos han doblado las rodillas como si quisieran hincarse ¿por qué no los colgaron de la otra rama más alta?

—Se trata de una cruel venganza, indicó el cabo Rozas.

—Creo que fue un ajusticiamiento. Algo muy gordo hicieron estos hombres, indicó otro de los presentes.

Un surco blando rodeaba el cuello de las víctimas, las cabezas, cada una inclinada al lado opuesto del nudo

Los ahorcados diferían entre sí, siendo uno, pálido como la niebla y el otro de un rostro casi azul.

Los párpados amoratados al igual que si se los hubiesen golpeado. Los ojos desorbitados saliéndose de sus cuencas y la lengua atrapada por los dientes. Mostraban un macabro espectáculo que Custodio recordó en sus sueños por mucho tiempo. Como si hubiese sido condenado a ello por descubrir tan indescriptible suceso.

—¡Cabo, cabo...allá en el bajo hay un caballo con una tarima de madera atada a su cuello!

Si los encinos o yo mismo repitiéramos lo último que aquellos hombres dijeron, les daría la pista de lo ocurrido

—Colgarás para que sientas el peso de tu cuerpo ya que no has apreciado el peso de tu conciencia.

—¿Qué te ha dicho vuestra conciencia? ¡No importa lo que hagas! ¡Después de cometerlo elevarás plegarias frente a la imagen de la candelaria ... ¡Ella te salvará porque pedirá a Dios que te exima! Y Luego presentarás una ofrenda. Dios te perdonará porque a Él sirves ¿verdad?

—¡Pues, dejaremos el destino de tu vida a la conciencia de este caballo

El padre Anselmo callaba, con los ojos desorbitados observa como Bernardo lo sube sobre la tarima y la ata al animal.

Varios años después, un niño encontró un alzacuello enredado en unas zarzas al cruzar el puente de madera, a unos cuatro kilómetros de los “encinos de las vertientes”.